



15
SEPTIEMBRE

**XXIV Domingo
del Tiempo Ordinario**

**“Habrá alegría en
el cielo por un sólo
pecador que se
convierta”**

Lucas 15, 1-32

— Evangelio del domingo —

Los publicanos y los pecadores se acercaban para oírlo. Y los fariseos y los maestros de la ley lo criticaban: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos». Entonces les propuso esta parábola: «¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una, no deja las noventa y nueve en el campo y va en busca de la perdida hasta que la encuentra? Cuando la encuentra, se la echa sobre sus hombros lleno de alegría, y, al llegar a casa, llama a los amigos y vecinos y les dice: ¡Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja perdida! Pues bien, os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse». «O ¿qué mujer que tenga diez monedas, si pierde una, no enciende una luz y barre la casa y la busca cuidadosamente hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que había perdido. Os digo que así se alegrarán los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente». Y continuó: «Un hombre tenía dos hijos. Y el menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y el padre les repartió la herencia. A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano y allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida. Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a sus tierras a guardar cerdos. Tenía ganas de llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Entonces, reflexionando, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre! Volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros. Se puso en camino y fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, conmovido, fue corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo cubrió de besos. El hijo comenzó a decir: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Sacad inmediatamente el traje mejor y ponédselo; poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies. Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron todos a festejarlo. El hijo mayor estaba en el campo y, al volver y acercarse a la casa, oyó la música y los bailes. Llamó a uno de los criados y le preguntó qué significaba aquello. Y éste le contestó: Que ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano. Él se enfadó y no quiso entrar. Su padre salió y se puso a convencerlo. Él contestó a su padre: Hace ya tantos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me has dado ni un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. ¡Ahora llega ese hijo tuyo, que se ha gastado toda su fortuna con malas mujeres, y tú le matas el ternero cebado! El padre le respondió: ¡Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo! En cambio, tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado. Convenía celebrar una fiesta y alegrarse».

Lucas 15, 1-32

— Para hacer vida el Evangelio

Cuenta una situación de tu vida en la que te hayas arrepentido sinceramente de algo que hayas hecho.

¿Quién te ayudo a darte cuenta de que estabas haciendo algo que estaba mal? ¿Debemos los cristianos perdonar?

Escribe un compromiso que te ayude a darte cuenta de las cosas que haces mal y de saber perdonar a los demás.

— Oración

Siempre que me alejo de Ti, Señor,
me buscas por todos los rincones,
te las arreglas para encontrarme,
aunque me aleje,
y me haces sentir el gozo del reencuentro.
Cuando ando distraído en mis cosas,
olvidándote casi del todo,
Tú te haces el encontradizo
y me haces disfrutar de tu amistad.
Tú, Señor, sabes que soy inconstante,
que se me olvida seguirte y serte fiel,
que me seduce cualquier otra oferta
apetecible,
pero, al final, siempre estás Tú
esperándome.
Lo nuestro, Jesús, es una historia,
de amor y de desencuentros,
de idas y venidas.
Un día me llamaste por mi nombre
y, aunque yo olvide mil veces tu camino,
siempre tienes abiertos tus brazos
a mi espera.
Aquí estoy hoy, Señor, del todo para Ti.